

Japón: otros escenarios

FERNANDO BARBOSA ROMERO

Llegué a vivir a Japón en la primavera de 1983. La primera advertencia que recibí, de extranjeros y de japoneses, fue la de prepararme para un gran terremoto similar al que había tenido lugar en Kanto, en 1923. Por lo menos, debía comprar un *kit* de emergencia e identificar el área de encuentro a la que debía acudir en caso de un incidente telúrico. En un país donde hay movimientos de esta clase constantemente, experimenté infinidad de sacudimientos. El más impactante, aquel que siguió al gran terremoto de México en 1985 y que en Japón alcanzó mayor intensidad. Fue un susto enorme e inversamente proporcional a los daños, que fueron mínimos en aquella ocasión.

Una característica del suelo japonés es su inestabilidad sísmica. Sin embargo, no es un fenómeno tan exclusivo de allí y es posible que por este hecho la palabra *jishin* (terremoto) no sea conocida internacionalmente. No sucede lo mismo con *tsunami*, que ha hecho carrera por el mundo y que es perfectamente reconocida en todas partes. Ahora, lo cierto es que estas eventualidades hacen parte del diario vivir de todos los habitantes. Siempre se está preparado para lo inevitable. Pero algunas veces se debe

confrontar lo que no había sido imaginado. El terremoto de 1923 destruyó Tokio no por el sacudimiento propiamente dicho, sino por los incendios que se desataron. El furioso y reciente terremoto acompañado de *tsunami*, del pasado 11 de marzo, bautizado como *Higashi Nihon Dai-Shinsai*, es decir, el “Gran terremoto del oriente de Japón”, comparte ese elemento inesperado. Esta vez, lo que sobrepasó las previsiones fue la crisis nuclear que se desató, cuyas causas parecen estar más allá de lo predecible, si por ello entendemos lo que la ciencia y la tecnología pueden, dentro de sus alcances, controlar.

Sin embargo, las tragedias no suceden solas y siempre hay escenarios poco visibles, brumosos, sobre los que es necesario volver la mirada. Especialmente cuando se busca despejar lo que vendrá, en términos de la recuperación. Quiero tratar dos de esos escenarios: el de la política y el de las comunicaciones.

La política

Los terremotos en Japón no son exclusivos de la naturaleza. La política y la economía también se han dado “sus mañas” para hacer temblar la sociedad japonesa. Tengo frescos todavía tres episodios –dos políticos y uno económico– que, en mi sentir, están encadenados con la actualidad que vivimos. El primero fue el escándalo de corrupción más grande de la posguerra, en el que se vio envuelto el Primer Ministro Kakuei Tanaka y que lo obligó a renunciar por haber recibido cerca de dos millones de dólares para favorecer a la Lockheed Corporation en la compra de unos aviones por parte de All Nippon Airways. Él tuvo que enfrentar un juicio en el cual fue condenado a cuatro años de prisión

Los terremotos en Japón no son exclusivos de la naturaleza. La política y la economía también se han dado “sus mañas” para hacer temblar la sociedad japonesa.

► Abajo - En la Bolsa de Tokio se generó un escándalo económico de gran dimensión, por cuenta del Primer Ministro Taboru Takeshita, quien adquirió acciones de manera irregular.



Wikimedia Commons, public domain.



Alexander Tidd, U.S. Navy, public domain.

y, dado que apeló una y otra vez ante las distintas instancias judiciales, falleció sin que se hiciera efectiva la sanción.

El segundo escándalo fue el protagonizado por el también Primer Ministro Taboru Takeshita, quien se vio forzado a renunciar tras “destaparse” la compra de acciones de una compañía, pocos días antes de que entrara a la Bolsa de Tokio. Ello significó unas ganancias considerables a corto plazo, pero la opinión pública condenó el uso de información privilegiada que sobrepasaba los límites de la flexible ética local.

A los dos escándalos mencionados, que socavaron la política japonesa, se sumaría la explosión de la burbuja económica que había hecho surgir a Japón como la economía más dinámica de la segunda mitad de la década de los 80. La revaluación del yen, después del Acuerdo del Hotel Plaza, en Nueva York (1985), valorizó los activos japoneses a nivel internacional, llevándolos a alturas insospechadas. Muestra de ese nuevo poderío fue la compra que hicieron del Rockefeller Center de Nueva York, desafío mal calculado que fue recibido de manera negativa por la opinión pública de los Estados Unidos.

El deterioro de la economía trajo consigo el debilitamiento tanto de los bancos como del sector productivo. Y la acumulación del efecto de la corrupción política condujo al deterioro del poder, en manos del Partido

► Pág 29 - El “Gran terremoto del oriente de Japón” (Higashi Nihon Dai-Shinsai), tuvo lugar en Japón, el 11 de marzo de 2011 y resultó devastador. En la imagen, la zona de Otsuchi, Iwate.



Liberal-Democrático (PLD) desde 1955. Con ello, entraron en crisis los actores que hicieron posible lo que se conoció como “Japón S.A.”, es decir, la alianza del partido de gobierno con los empresarios alrededor de un propósito compartido: el desarrollo económico de Japón, estrategia reconocida como uno de los pilares de lo que algunos denominan el “milagro japonés”.

Dos hechos se sumarían a lo anterior. El primero, que tuvo lugar en 1994, cuando el PLD debió ceder el gobierno al Partido Socialista, que estuvo en el poder hasta que el primero recuperó su espacio en 1996. Sin embargo, a partir de 2006, la inestabilidad de los jefes



de gobierno se agudizó. Entre 2006 y 2009 se sucedieron tres primeros ministros, cada uno de los cuales duró en el poder escasamente un año. Tanta vacilación llevó al colapso del PLD, que había gobernado desde 1955, con la excepción mencionada entre 1994 y 1996.

Los temblores acumulados trajeron consigo el primer “tsunami político” que dio al traste con el PLD y le abrió la puerta al Partido Democrático de Japón (PJD), que, bajo la estrategia de Ichiro Ozawa, obtuvo una victoria contundente que llevó a Yukio Hatoyama al poder en septiembre de 2010. Desafortunadamente, las ilusiones de los japoneses que creyeron encontrar en la nueva situación el fin de la inestabilidad se vieron opacadas por los desaciertos de Hatoyama y por la aguda división de su partido. Insostenible como lo fue, el gobierno de Hatoyama terminó con su renuncia en junio de 2010, antes de cumplir nueve meses de gestión.

El sucesor y actual Primer Ministro, Naoto Kan, asumió el cargo el 4 de junio de 2010. Sin embargo, nada le ha sido fácil y el 11 de julio, recién al inicio de su mandato, condujo a su partido a una costosa derrota política que le significó perder las mayorías en la Cámara Alta de la *Dieta*. Si bien sus fuerzas están en la Cámara Baja, donde se concentra el mayor poder político, perder la otra cámara le significó abrir una grieta que lo expuso a serias vulnerabilidades.

Sumado a lo anterior, las dificultades mayores se concentran en la lucha interna dentro de su partido, que se ha polarizado. En efecto, Ozawa, la piedra en el zapato en este episodio, se vio envuelto en un escándalo sobre los fondos de su campaña y fue llamado a juicio. Su negativa a acatar las sugerencias del Primer Ministro para abandonar el partido ha desembocado en la suspensión de la que ha sido objeto por parte de la colectividad. Y esto ha endurecido a sus seguidores, que amenazan con una disidencia. El opositor PLD ha aprovechado la coyuntura para reclamar la disolución de la *Dieta* y forzar la convocatoria a nuevas elecciones, consciente de que los bajísimos niveles de popularidad de Naoto Kan podrían abrirle de nuevo las puertas del poder.

El deterioro de la economía trajo consigo el debilitamiento tanto de los bancos como del sector productivo. Y la acumulación del efecto de la corrupción política condujo al deterioro del poder.

Dos décadas perdidas sin crecimiento económico y un desbarajuste político evidente constituyen el telón de fondo de la tragedia que sacude a Japón. Surge aquí la reflexión sobre qué puede esperarse. Y en ello, la historia de este pueblo puede darnos algunas luces: en la historia japonesa son múltiples los episodios de origen externo que han contribuido a que el país supere sus laberintos y se reencauce. Lo que hoy se hace evidente es una falta de dirección y de propósito, lo mismo que la ausencia de un líder y la incapacidad de formular y recuperar la ruta. Los índices de aprobación del Primer Ministro Kan, que estaban por debajo del 20% antes de la tragedia, reflejan esa desilusión.

Japón requiere un nuevo pacto, una alianza novedosa que involucre a todos los sectores. Y la incapacidad de los actores políticos muy seguramente llevará a que otras fuerzas, como los actores empresariales y la sociedad civil, convoquen las voluntades y definan el cauce de la recuperación nacional. Ese es el “*tsunami* político” que sobrevendrá tras los terremotos que lo han antecedido. Los partidos políticos ya reaccionan, lo mismo que los grandes grupos empresariales, que se han manifestado frente a la necesidad de unificar esfuerzos, no solamente para la reconstrucción de las áreas afectadas, sino para reconstruir la confianza del país sobre su futuro, con los riesgos que implican las nuevas circunstancias: el surgimiento de China y el envejecimiento de su población.

Las comunicaciones

La manera como la prensa extranjera ha hecho el cubrimiento de la tragedia ha creado malestar e inquietud entre los japoneses. Quisiera resaltar tres elementos con los cuales es posible tener un mejor entendimiento de esta reacción.

En primer lugar, los pueblos con una gran tradición y una fuerte identidad no requieren de un lenguaje directo, preciso y expreso para entenderse. El contexto es más importante y, dentro de él, lo indirecto, lo que apenas se insinúa, es

Los pueblos con una gran tradición y una fuerte identidad no requieren de un lenguaje directo, preciso y expreso para entenderse. El contexto es más importante y lo indirecto, lo que apenas se insinúa, suficiente para comunicarse.



Darío Villegas

suficiente para comunicarse: pocas palabras son suficientes y muchas empalagan. Contrario a nosotros, que exigimos verbosidad y retórica por encima de los contenidos.

Segundo, el respeto hacia los demás y hacia uno mismo es una conducta arraigada en lo más profundo de la conciencia japonesa. Las preguntas de los periodistas extranjeros, inquiriendo por lo más íntimo, resultan insostenibles. Las fotos y videos que buscan remover lo más primitivo del espectador occidental violan las más mínimas normas de consideración con las víctimas, sus familias y el país. Allá también se capta el horror de los hechos, pero ni las palabras ni las imágenes sobrepasan las normas del decoro, de la convivencia y del respeto.

Encontramos aquí una enorme distancia con Occidente, que parece entender mal el escudo del derecho a estar informado que tienen todos los ciudadanos. En Japón también se tiene y se reclama este derecho, pero es el derecho a estar bien informado, distinto al derecho –que no lo es– a estar mal informado.

Y un tercer elemento es el silencio, como instrumento de comunicación, posiblemente el más poderoso dentro de esa cultura y, por lo mismo, el más difícil de entender para los extraños. Los siguientes hechos pueden dar buena cuenta de esto:

El 15 de agosto de 1945 los japoneses oyeron por la radio el mensaje pregrabado del Emperador Hirohito: “[...] Siguiendo el dictado del tiempo y del destino, hemos decidido allanar el camino hacia una gran paz para todas las generaciones venideras, soportando lo insoportable y sufriendo lo que no se puede sufrir”. Todos ellos, entendieron el significado de esas palabras, ante las cuales los medios de hoy hubieran llenado muchos espacios para reclamar transparencia.

El 16 de marzo de 2011 el Emperador Akihito se dirigió a su pueblo por televisión. Lo que dijo no aparece en el texto de su mensaje. Pero no tengo duda de que todos entendieron: algo falta y el Emperador debe actuar. Es la primera vez que el Emperador se pronuncia de esta manera y, al igual que en el mensaje de su padre, da cuenta de la gravedad de los hechos. Por ello insisto: todos saben de qué se les habla. Sin embargo, en esta oportunidad el Emperador dio un nuevo paso cuando dijo: “He sido informado de que muchos medios internacionales están reportando que, a pesar del profundo infortunio, el pueblo japonés está respondiendo a la situación de una manera admirable y ordenada, y están ayudándose unos a otros, sin perder la compostura”. Sin la menor duda, esta parte de su mensaje también ha sido entendida.

Si bien los seres humanos somos universales, sintiendo gozo o dolor a partes iguales, cada pueblo se comporta de forma distinta. Uno de los grandes retos de los traductores simultáneos puede sintetizarse en el hecho de que “llamar al pan, pan y al vino, vino” resulta demasiado rudo para un interlocutor japonés. De tal manera, la comunicación siempre se construye sobre la insinuación y su sentido se fija dentro de cada contexto en particular. Ello se complica más cuando se suman otras pautas de comportamiento. Por ejemplo, se falta a la cortesía cuando se dice “no”; siempre se contesta “sí” y el interlocutor debe contextualizar la respuesta para entender si es afirmativa o negativa.

Así, son muchas las facetas de la cultura japonesa que requieren de una observación cuidadosa si se busca entender los contenidos. Lo que sigue puede dar luces al respecto. En Japón existe una entidad parecida a la persona latina (*personaje*, máscara) que es el *omote* (frente, cara, superficie). Ese *omote* comunica lo que se quiere representar que, en el caso nuestro, puede equipararse a lo oficial, a lo verificable, a lo socialmente aceptado. En el otro extremo, está el *ura* (detrás, adentro, bajo la superficie) que refleja lo propio, lo íntimo y que se encuentra más cerca de la opinión que de la verdad o que de lo comprobable.

Ahora bien, para entender las diferencias, en la práctica podría decirse que Occidente cada vez le da más valor a las opiniones que a las ponderaciones. El micrófono y la improvisación, en mayor medida, le ganan más terreno a la pluma y a la meditación.

Dentro de tantas diferencias culturales, la muerte tiene también otras caras, y las narraciones y manifestaciones de las personas tampoco son comprensibles si se “leen” en ausencia de este sello particular. Según se narra en el *Heike Monogatari* (siglo XIII), el oficial Tadazumi, después de un cruento enfrentamiento, tenía reducido a su contrincante, quien, al verse perdido, le pidió un instante para invocar a Buda. Luego de ser decapitado, encontraron en una de sus manos, firmado por el autor, Tadamori, comandante en jefe de *Ichi-no-tani* y noble de la casa Taira, el siguiente poema recién escrito:

*Si me sorprende la noche
y encuentro pequeño abrigo
bajo la luz de la luna,
¿podría pedir por último
la compañía de las flores?*

FERNANDO BARBOSA ROMERO es politólogo de la Universidad de los Andes. Se ha desempeñado como funcionario de Sumitomo Corporation y asesor político de la Embajada de Japón, además de ser director de la Oficina Comercial del Gobierno Colombiano para Asia, en Tokio, y consejero comercial de la Embajada de Colombia en Japón. Ha sido columnista de EL ESPECTADOR, consultor del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), así como analista internacional. En la actualidad es profesor de la Universidad de los Andes.

Occidente cada vez le da más valor a las opiniones que a las ponderaciones. El micrófono y la improvisación, en mayor medida, le ganan más terreno a la pluma y a la meditación.

